

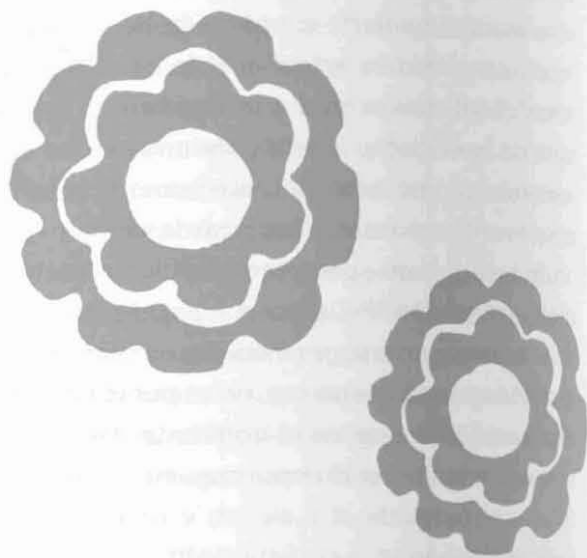
Testiga de tantas cosas...

Elena Urrutia*

En la dedicatoria que me hace de su última novela *El rastro*, finalista del xx Premio Herralde de Novela, publicada por la editorial Anagrama en el 2002, Margo Glantz se refiere a mí como "testigo de tantas cosas que hemos vivido juntas". A medida que pasa el tiempo nuestros testigos adquieren un valor particular: ellos, ellas han presenciado o compartido hechos de nuestra vida y pueden dar testimonio de los mismos, son como mojoneras que van marcando el fluir de nuestros años; por eso resulta doblemente triste perder a un familiar o a un amigo: porque además del vacío emocional y físico que deja, ya no está más para atestiguar acerca de nosotros.

Tal vez la conocí antes, pero el primer recuerdo que tengo de Margo Glantz está asociado con Julieta Campos en una recepción del Fondo de Cultura Económica, en el edificio de la avenida Universidad, en ese momento no sé bien si bajo la dirección de José Luis Martínez o de Jaime García Terrés. Margo y Julieta destacaban por su diferente y singular personalidad, y por el particular esmero en el vestir. Leí esos años varias de sus colaboraciones en la revista de la UNAM y asistí a algunas conferencias organizadas por ella en el Instituto Cultural Mexicano-Israelí, en ese entonces bajo su dirección. Recuerdo en particular la del doctor Santiago Ramírez hacia finales de los años sesenta. La conciencia feminista que venía abriéndose paso en mí se vio fortalecida al oír del doctor Ramírez que la mayor parte de sus pacientes psicoanalíticos la constituía el grupo de judíos y el de mujeres: ambos en busca de una identidad.

* Escritora y periodista. Perteneció al Pen Club y a la Asociación de Escritores de México.



Si Margo Glantz no fue la creadora de los Talleres de Punto de Partida de la Dirección de Literatura de Difusión Cultural de la UNAM, el impulso que les dio fue decisivo. Tuve el gusto de participar en los de cuento y de ensayo, destacando en ellos de modo luminoso la figura del enorme maestro que fue Augusto Monterroso. Por no citar más que a algunos de sus alumnos que recuerdo en ese piso 10 de la Torre de Rectoría en Ciudad Universitaria, podría señalar a Bárbara Jacobs, Juan Villoro, Agustín Monsreal y Adolfo Castañón.

Por esos años, cercanos a la época del estallamiento del movimiento estudiantil, aparece su libro *Onda y escritura en México, jóvenes de 20 a 33, Siglo XXI Editores, 1971*; una importante contribución al conocimiento de la escritura que estaba haciéndose en la década previa de los sesenta, la controvertidamente llamada "literatura de la onda".

Cuando yo era coordinadora de las actividades culturales del Museo Universitario del Chopo, en la medianía de la década de los setenta, antes incluso de su inauguración por el rector, el doctor Guillermo Soberón, invité a Margo, junto con Emilio Carballido, para ser parte del jurado de un concurso de cuento del que fue finalista Guillermo Samperio, y que habría

de dar como resultado la publicación del libro *El cuento en el Museo del Chopo en el cuento*. Más tarde, cuando Margo fue directora del Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes, ella habría de invitarme a ser parte del jurado de un concurso de testimonio. Uno de mis compañeros en la selección de la obra u obras para ser premiadas fue Christopher Domínguez, un joven crítico que se había revelado con toda la fuerza de su talento.

Cuando en 1976 un pequeño grupo de feministas fundamos la revista *fem*, Margo colaboró con nosotras desde sus inicios entregándonos varios artículos. Un somero repaso da cuenta de la variedad de temas e intereses de su autora: lo mismo nos entregó una selección de cuentos –textos breves que en ocasiones son verdaderos epigramas– (núm. 16, 1980-1981), que una reflexión acerca del Marqués de Sade suscitada por dos cartas que él mismo dirigió a su mujer (núm. 3, 1977); la revisión de la obra de la cineasta italiana Lina Wertmüller (núm. 1, 1976) o una mirada crítica a la obra de la pintora Julia Giménez Cacho (núm. 22, 1982). El interés de Margo Glantz por pies, piernas, medias y zapatos está presente en varios de estos textos ligados, por supuesto, a la escritura y al cuerpo (núms. 26, 1983; 27, 1983; y 21, 1982). De estos últimos dice en algún momento. “Los zapatos han sido siempre la locura de muchas mujeres” y yo añadiría: Margo Glantz, entre otras. En el texto titulado “La escritura y el cuerpo” señala que es la literatura erótica la que se organiza dibujando siempre un cuerpo de mujer, y establece el paralelismo de las dos bocas con que ésta cuenta. “La que emite la sangre y la que emite la voz”.

Poco antes Margo y yo habíamos coincidido publicando en la revista *Los Universitarios*, que dirigía Margarita García Flores, de Difusión Cultural de la UNAM, pero no fue sino a partir de la creación en 1977 del diario *uno más uno* por un grupo de periodistas y escritores, cuando Margo y yo colaboramos, se puede decir codo con codo, dentro de sus páginas culturales. Ahí me di el gusto de transitar del



reportaje al testimonio, a la entrevista o al artículo editorial. Margo, en cambio, tuvo una predilección por crear “columnas”. Sin embargo, en alguna ocasión que asistió a la Cámara de Diputados para consignar lo que ahí se estaba discutiendo, el reportaje que escribió tuvo entrada en la primera página del diario

con verdadera envidia de mi parte, que nunca había conocido tal distinción.

Sus columnas tomaron diferentes nombres: “Divergencias”, “Mitologías”, las “Genealogías”. Recuerdo haber oído a Margo hablar de sus clases de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM que, en ocasiones, eran organizadas de tal forma que el material con que las preparaba, aunado a las reflexiones suscitadas, le servían para el libro que estaba escribiendo. Algo de eso ocurría con sus columnas periodísticas: supongo que su libro *De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos*, publicado por Océano en 1984, se habrá nutrido de varias de las capilaridades escritas para la columna de *uno más uno* “Divergencias”. En ellas estaba presente, como en buena parte de la obra de Margo Glantz, la relación del cuerpo femenino con la escritura, así como, siempre campeantes, el humor, el ingenio y la imaginación que le son características. En el caso de la columna que apareció más tarde, titulada “Las genealogías”, se trataba del relato, producto de una búsqueda autobiográfica, publicado prácticamente por entregas, que más tarde daría lugar al libro del mismo nombre, *Las genealogías*, bajo el sello de Martín Casillas en 1981, merecedor del Premio Magda Donato en 1982. Margo podrá corregirme, pero supongo que éste es el *best-seller* de su producción. Si la figura señera de su padre, el ilustre poeta y promotor de arte don Jacobo Glantz, tiene un lugar central en el relato, recuerdo con ternura y afecto la presencia en él de un personaje que aparece discreta pero consistentemente como en una superposición: el de su madre. En el suplemento semanal de *uno más uno*, *Sábado*, dirigido por Huberto Batis, también colaboró. Nuestro común interés por el periodismo cultural habría de llevarnos, cuando un

importante grupo de escritores y periodistas salimos de aquel diario, a fundar *La Jornada*. Aunque de forma intermitente, Margo continúa entregando sus colaboraciones. Las mías se han espaciado en tiempos recientes, no obstante que he estado muy cerca del diario los últimos cuatro años como una de las integrantes de su Consejo de Administración.

Cuando sale a la luz *Las mil y una calorías. Novela dietética*, publicada por Premiá en 1978, su primera obra de ficción y ejemplo de literatura fragmentaria, tuve el gusto de presentarla en la Casa del Lago de Difusión Cultural de la UNAM, ya que revivía recuerdos de mis años de trabajo en esta singular casa de cultura, extensión universitaria, en la que ahora presentaba yo la obra y entrevistaba a la autora.

Por esa época Miguel Barbachano nos invitó a Margo y a mí a colaborar en un programa a las tres de la tarde, en canal 13 de televisión que dirigía entonces, me parece, María del Carmen Millán. En seis minutos debíamos desarrollar un tema ante las cámaras, en vivo, con la naturalidad de quien está conversando. Recuerdo con horror esa participación semanal que lo único que lograba era provocarme un vacío en el estómago por temor, justamente, de tener un bloqueo delante de las cámaras. No recuerdo cuál era la reacción de Margo.

No cabe duda que la experiencia conjunta más larga y más intensa de Margo Glantz y mía ha sido la organización y realización del 3 al 6 de junio de 1981, en esta ciudad, del IV Congreso Interamericano de Escritoras, cuyo antecedente inmediato fue el tercero, celebrado en la Universidad de Ottawa en 1978, al que ambas asistimos. La doctora Marta Martínez, su organizadora, nos pasó la estafeta que, si bien en un principio iba a ser compartida por un pequeño grupo organizador, a fin de cuentas no fuimos más que las dos quienes logramos sacarlo adelante. Hasta donde sé, no había habido en México ningún antecedente del Congreso. Podría men-

cionar, sí, el Primer Coloquio Centroamericano y del Caribe de Estudios de la Mujer —que incluyó una sesión dedicada a la “imagen y creación de la mujer en el arte y en la literatura escrita por mujeres”— celebrado en 1977, en cuya organización participamos académicas, escritoras y periodistas bajo la presidencia de Lourdes Arizpe.

Teníamos claro que la ideología sexista aparece en formas más o menos explícitas a través del lenguaje y que, a su vez, el lenguaje influye en la ideología y contribuye a perpetuar lo que ésta transmite. Como diría Alfonso Reyes: “Por una parte, el hombre* ha hecho *el habla*; por otra, el habla ha hecho

al hombre: dos agentes que se modelan el uno al otro”. Y el lenguaje es el instrumento *sine qua non* de la literatura. Sabíamos que algunas mujeres sostenían que existe una escritura *femenina* como consecuencia de una visión propia y diferente del mundo: quisimos profundizar en el tema orientando el contenido de los trabajos cuyo objetivo, en los congresos anteriores, había sido promover el conoci-

miento de la obra escrita por mujeres. Nosotras, además, deseamos contribuir al estudio y al conocimiento de las características específicamente femeninas en las literaturas de nuestra América en español, portugués, francés e inglés. Pretendimos por otra parte subrayar la vocación latinoamericana de este cuarto congreso que habría de celebrarse por primera vez en un país de esta región. Logramos finalmente la participación de un gran número de congresistas argentinas, bolivianas, brasileñas, colombianas, costarricenses, cubanas, chilenas, mexicanas, nicaragüenses, paraguayas, peruanas, puertorriqueñas, venezolanas y uruguayas, además de algunas que procedían de España, Hawai, Estados Unidos, Canadá, Francia, Bélgica y Holanda.

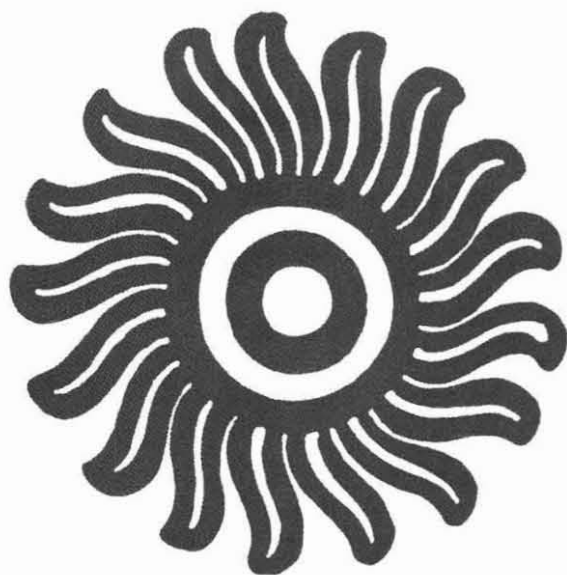
A principios de la década de los ochenta poco conocíamos de la literatura escrita por mujeres en América latina. Me parece que el *boom* de la literatura latinoamericana semejava a un grupo de escasos árboles que ocultaban el bosque de escritores



y, particularmente, de escritoras. Era preciso saber quiénes eran, conocerlas, leerlas, ponernos en contacto con autoras y estudiosas(os) de su obra.

Aquellas fueron las postrimerías del sexenio lópez-portillista que, si bien se recuerda, fue la época en que –según palabras del entonces presidente de la república– “administrábamos la abundancia”. Nuestra búsqueda de apoyo no sólo no cayó en saco roto sino que tuvo una respuesta absolutamente positiva y generosa: nos ayudaron consistentemente la Universidad Nacional Autónoma de México –a pesar de que sufrimos en pleno proceso de organización el cambio de rector, y que lo comprometido con el doctor Guillermo Soberón hubo que replantearlo a su sucesor, el doctor Octavio Rivero–; la Secretaría de Relaciones Exteriores, gracias al director general y al subdirector general de Asuntos Culturales, licenciados Rafael Tovar y de Teresa y Sergio Pitó; el Instituto Nacional de Bellas Artes y su director, lic. Juan José Bremer; y la Asociación de escritores y su presidente, el doctor Arturo Azuela. Para organizar el congreso acostumbrábamos reunirnos por las tardes en casa de Margo o en la mía. Un día que trabajamos en la de ella encontramos que su hija Renata, entonces niña que entraba en la adolescencia, había cubierto los muros del comedor y de la sala con dibujos en los que, en todos los tonos y formas, declaraba su odio al congreso. No cabe duda de que la habíamos hartado.

Pues bien, gracias a la generosidad de nuestros patrocinadores, pudimos Margo y yo emprender un viaje que duró 30 días visitando diez capitales latinoamericanas y del Caribe, con el objeto de entrar en contacto con escritoras e investigadoras. Llevábamos varios días y distintas ciudades encontrándonos con escritoras, investigadoras, periodistas. En Lima nos invitó a almorzar Francisco Igartúa –cuñado por cierto de Bryce Echenique– que dirigía entonces un semanario peruano. Al saludarnos en el lobby del hotel, Margo exclamó elocuente ¡Por fin un hombre! Desconcertado, nuestro anfitrión empezó a explicar que había intentado invitar a un amigo para venir con nosotras y yo, muerta de risa,



le expliqué que no se trataba de eso, que simplemente se había referido a la monotonía que significaba no habernos encontrado más que con mujeres, los días que llevábamos viajando.

A pesar del negro periodo que estaba viviendo el Cono Sur bajo las dictaduras militares de los años 76 a 83, nuestra estancia en general transcurrió sin tropiezos. Alguien le recomendó a Margo que hiciéramos perdedizos nuestros pasaportes rubricados por la migración cubana y así podríamos entrar a Argentina y Uruguay limpias de antecedentes sospechosos, con un flamante pasaporte expedido en algún consulado nuestro en San José de Costa Rica o Bogotá. No fue necesario tomar semejantes precauciones. En Buenos Aires vivimos escasamente un ambiente opresor; más bien nos fue descrito. En Montevideo, en cambio, en casa de Armonía Somers, que nos había reunido con un grupo de escritores(as), el ambiente tenso nos ahogaba literalmente. Y no era gratuito, por lo demás: Armonía estaba casada con un policía que no hacía más que remitirnos a los gorilas que gobernaban su país.

Movidas por un prurito de economía, cometimos la torpeza de compartir habitación en los hoteles, lo que vino a aumentar las horas de nuestra convivencia, haciendo que dos mujeres más que maduras, con costumbres inveteradas, con fobias y filias muy particulares, pasaran sin remedio 24 horas diarias



durante 30 días. Pienso que la satisfacción de entrar en contacto con gente tan fascinante, de conocer lugares para mí inéditos, y darnos cada vez que podíamos –que era bastante frecuente– nuestras escapadas frívolas en busca de algún recuerdo que llevar –y, por supuesto, con Margo, algún par de zapatos espectaculares que probarse–, todo esto aflojó las tensiones del viaje y de la estrecha convivencia.

Comoquiera que sea, pudimos invitar a 40 participantes al congreso traídas de diversas partes del continente, de Canadá al Cono Sur; conseguimos que Francia, España, Canadá y Estados Unidos, el Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI Editores invitaran a algunas más, sumadas a todas las que obtuvieron de sus instituciones apoyo para venir.

En el antiguo y bello edificio de la Inquisición, más tarde Escuela de Medicina de la UNAM, la inauguración estuvo presidida, junto con las autoridades oficiales, por las escritoras Carmen Conde, española, la peruana Magda Portal y la mexicana María del Carmen Millán. El programa del congreso fue trilingüe. Tuvimos sesiones de ponencias en inglés y francés y la mayoría en español; recitales de lectura de poesía en las tres lenguas; y la presentación de dos puestas en escena. Por otra parte y como un anticipo, en la publicación *La Semana de Bellas Artes* Margo reunió una antología de cuentistas latinoamericanas (núm. 178, 29 abril de 1981); yo preparé una con cuentistas mexicanas (núm. 183, 3 de mayo de 1981). Por razones presupuestales no pudimos publicar las actas del congreso, pero en el número 21 de la revista *fem*, correspondiente a los meses de febrero-marzo de 1982, publicamos textos de la argentina Marta Traba, residente en Estados Unidos; de la venezolana Margara Russotto; la

estadunidense Magda Bogin; la argentina Griselda Gambaro; Elena Poniatowska; la argentina residente en París Alicia Dujovne Ortiz; la brasileña Nélida Piñón; la mexicana Lilia Osorio; la mexicana residente en Italia Francisca Perujo; la mexicana residente en Estados Unidos María Eugenia Cossío; la argentina Esther de Miguel; la estadunidense Margaret Randall, residente en esos años en Nicaragua; de la chilena Gabriela Mora, residente en Estados Unidos; la quebequense Monique Bosco; la argentina Laura Debetach y, por supuesto, el texto de Margo Glantz que, fiel a uno de sus temas, lo tituló “La escritura y el cuerpo”. Había textos de otras autoras que merecían igualmente haber sido publicados.

En otros congresos, coloquios y seminarios habríamos de coincidir: en la Universidad de California en Riverside; en el coloquio que la propia Margo organizó en 1983 o 1984, cuando era directora de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes y cuyo título –que fue también el del libro a que dio lugar– nos sedujo a participar por su atractiva originalidad: *Bordando sobre la escritura y la cocina*. Y en algunos coloquios y conferencias que yo organicé cuando fui coordinadora del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer en El Colegio de México, particularmente el “Coloquio de narradoras mexicanas contemporáneas y crítica literaria”, del que conservamos además un registro videograbado; y el Homenaje Internacional a Sor Juana Inés de la Cruz, organizado por Sara Poot-Herrera y por mí, que dio lugar a la publicación del mismo título, subtítulo *Y diversa de mí misma...*

La memoria prodigiosa de Margo tendrá correcciones que hacer y datos que aportar al recuento que he hecho. No sólo envidio y admiro en Margo su capacidad memoriosa; también y sobre todo su pasión por el conocimiento, la fecundidad de su trabajo, su sentido de humor y su ironía, su cálido talento para hacer amigos y amigas. ✿

* El “hombre” de la cita, tomado en su acepción abarcativa del género humano, en este caso, como en muchos, oculta a la mujer, nada menos que la mitad y un poco más de la humanidad.